
La cooperación cultural en mi punto de mira

Ángeles Peña

Empecé a trabajar en cuestiones relacionadas con la cooperación española en el exterior en 1982. Mi primer destino fue Bagdad. Allí me enteré de que a la pregunta: "¿de dónde eres?" no se responde: "de Sanlúcar de Barrameda, en Cádiz", sino "de Dragados y Construcciones", "de Ferrovial", "de la Universidad". Había conseguido una beca para perfeccionar mis estudios de árabe en la Universidad Al-Moustansiriya de Bagdad, yo era por tanto del Instituto Hispano Árabe de Cultura, "becaria de cooperación" por más señas, algo que por aquél entonces solo movía a una cierta compasión. Andaba ocupada en aprenderme los nombres de las calles, plazas y avenidas; el destino y paradas de tantos autobuses, tratando de identificar puntos de referencia para mis itinerarios: los letreros luminosos, los puestecillos callejeros... Sin embargo, para los cooperantes españoles más veteranos, la calle Abu Nuwas era la Avenida del Manzanares, la plaza Tahrir, Manuel Becerra, Al Julafa era la Gran Vía, Karrada era Puerta de Hierro. Lo más chocante no era eso, sino que la referencia era compartida por todos, independientemente de nuestro lugar de procedencia en España.

Estar disfrutando de una beca o de un trabajo en otro país, significaba haber superado algún que otro escollo y los más difíciles, los que te dejaban o en tierra o hacían que tomaras el avión, llevaban el nombre de Madrid.

Mirar los tablones de anuncios de nuestra Facultad en Granada para ver las becas convocadas, era decepcionante. La información llegaba tarde, sin apenas tiempo material de solicitar los avales de los

DOI: <http://dx.doi.org/10.25267/Periferica.2006.i7.14>

profesores. La intuición nos decía que la única manera de garantizar que las solicitudes llegaran a tiempo, era ir a entregarlas personalmente. También, por intuición, conveníamos que el mes ideal era febrero, porque el tradicional varapalo de los tablones solía llevar fecha de marzo. No se sabe por qué, intuíamos que el ofrecimiento de un amigo a llevarnos en su coche de cuarta mano podía ser muy encantador pero también dejarnos tirados a todos en Despeñaperros y, en esto, intuíamos que no se diferenciaba mucho del Talgo ya que, no era extraño salir en tren pero llegar en autobús. Así que para algunos intuitivos andaluces de la periferia, la forma más segura de llegar a Madrid con muy poquito dinero, era haciendo autostop.

El Ministerio de Asuntos Exteriores, al menos tenía (y tiene) el detalle de estar situado en la Plaza de la Provincia lo que le quita algo de distancia al palacete. "¿Becas? Eso lo lleva Fernando Peral, segunda puerta a la derecha". Fernando Peral, el referente de los cooperantes en ciernes!, "el que daba las becas", nos recibía!, nos preguntaba por nuestros estudios, por nuestras vidas, por nuestros planes futuros y nos invitaba a comer becas: Sudan, 3 meses; Jordania, seis; Damasco, en verano; Bagdad, un año... Fernando Peral, fue la cara amable de la Administración para toda la gente que pasó por el Ministerio solicitando una beca de cooperación. Parecía todo tan fácil, si estabas en Madrid.

Estar subida al avión camino de cualquier parte, significaba haber superado otro escollo: el dichoso certificado de no tener antecedentes penales que sólo se obtenía en la capital y sin el cual no había pasaporte. Así que a contactar con una Gestoría madrileña que nos lo hiciera llegar contra reembolso. ¿Los plazos?... aquí la intuición no servía para nada. Un pasaporte el español, que todavía era y estaba verde para Europa. Cambió de color, tras otros dos años de maduración, y nos colocó, en las escalas, en la fila de "países miembros del Mercado Común". Claro que, nosotros continuamos algún tiempo en la de "otros países" por solidaridad con

los compañeros cooperantes cubanos. Trabajamos meses codo con codo en los proyectos, volvíamos juntos a España, nosotros a casa, ellos de paso para La Habana. ¿Por qué cambiarnos de fila en Frankfurt o en Atenas? Los Países Árabes y la América de habla hispana, con ellos estábamos. Para mercados... los zocos.

Y es que, la capacidad de intuición tiene un límite y entonces, ninguno de nosotros podía imaginar la vía que para la cooperación con esos mismos países se abriría con nuestra plena incorporación a Europa, mucho menos, que llegaría un momento en que podríamos formular y gestionar proyectos desde nuestra propia administración regional, provincial o local y, no digamos ya, imaginar que un día dejaríamos de ser país de salida de emigrantes para convertirnos en país de acogida. Estos tres factores tenían necesariamente que remover los cimientos en los que se asentaba la cooperación que nos encontramos, y en este nuevo proceso, la cooperación cultural no podía menos que pasar de ser la guinda del pastel, bonita pero pequeña, a tener un papel relevante.

Pero entonces la situación era otra. La cooperación al desarrollo en general, tenía visos de misión religiosa. Uno de esos trabajos para los que se necesitaba "vocación", como el magisterio, porque exigía trabajar en unas condiciones especiales. Más de una vez oí: "qué haces tu aquí, si no eres monja, con la movida que hay en Madrid".

No se trata de desvirtuar la tarea que realizaban y realizan las instituciones religiosas, pero tampoco vamos a negar que su discurso es otro y lleva aparejado un mensaje que impregnaba la cooperación al desarrollo de un cierto regusto a paternalismo del que, en ningún modo, nos sentíamos herederos los que nos incorporábamos a esos proyectos desde una postura laica y que pretendía ser profesional.

Incorporar el término "solidaridad" tampoco parecía una buena solución, si ésta seguía siendo entendida unidireccionalmente, es decir, del cooperante con la contraparte.

No era una cooperación arrogante. Al contrario, más bien humilde (en realidad nosotros tampoco podíamos presumir de muchos medios y todavía teníamos bastantes complejos) pero pecaba de impermeabilidad. Motivada quizá por la excesiva temporalidad de las actuaciones. Los proyectos terminaban y te ibas y podías optar por llevarte algo o no llevarte nada del país en el que habías estado, pero era indudable que lo que dejabas allí era la imagen del tuyo. Algo tan importante, dependía de la mayor o menor habilidad del gestor para granjearse la complicidad de la contraparte. No había pautas, nadie nos instruía. Nosotros, los a pie de obra, desconocíamos los grandes objetivos de la cooperación española en el exterior, por qué se actuaba ahí y no en otro lugar, fruto de qué acuerdos, con qué finalidad, bajo qué presiones o intereses. Esta ingenuidad propia de un debutante, sigo manteniéndola hoy, después de tanto tiempo: conocer qué no se puede hacer, qué se debe hacer y qué hay que hacer es necesario, no sólo para cumplir todas esas cosas de la mejor manera que uno sepa, sino también para proponer, llegado el caso, la necesidad de cambiarlas por otras más adecuadas para llegar a esos objetivos y ampliar así las posibilidades de decisión a aquellos que deben tomarlas, porque nadie, como los que están sobre el territorio para sentir el cambio de los vientos y los tiempos. Si tienes un cauce para comunicar tus experiencias con base en el objetivo al que sirves, no te haces impermeable, te implicas.

Al margen de los becarios de cooperación y de los cooperantes, este fenómeno de "estar aparte" se acrecentaba en otros sectores de la colonia española en el exterior que, si bien no tiene consideración

Ninguno de nosotros podía imaginar la vía que para la cooperación con esos mismos países se abriría con nuestra plena incorporación a Europa, que llegaría un momento en que podríamos formular y gestionar proyectos al convertirnos en país de acogida de emigrantes.

oficial de "representación española", es quizá la que más la ejerce, porque es la que está más en contacto con la gente del país: profesores de español, directivos y trabajadores de empresas españolas que ejecutan proyectos en la zona, españoles y españolas residentes por matrimonio. Aglutinados en torno de las Casas de España, los Lares Gallegos y los Días del Pilar. Sin embargo, había cosas que tenían la capacidad de congregarnos a todos, no sólo a los españoles entre nosotros, sino también con nuestras respectivas contrapartes: las actividades del Instituto Hispano-Árabe de Cultura (los Institutos Cervantes vendrían después), una exposición en el Museo Arqueológico de Bagdad, un ciclo de flamenco (o lo que aquello fuera) que aparecía por allí como por arte de magia, la Feria del Libro, la Exposición Anual de Artesanía... Con mayor o menor acierto, con más o menos medios, siempre eran actividades culturales. El tono, el lenguaje y los comportamientos se volvían más cercanos.

Es evidente que si un país no tiene escuelas, hospitales o viviendas, y tu estás allí contribuyendo a crearlas, es inevitable no sentir que estás, como país, en una situación ventajosa que no propicia una relación igualitaria, pero cuando conoces la obra de los poetas, los escritores, los historiadores, el arte y las aportaciones al desarrollo del pensamiento que ha producido el territorio en el que estás, se hace más difícil cambiar el nombre de la calle Abu Nuwas por el de Avenida del Manzanares, o llamar Javi a Habib , y Manolo a Mahmud.

Sin embargo, la cooperación cultural no tenía rango de cooperación al desarrollo, porque no incidía sobre "las necesidades básicas de la población".

Mi verdadero viaje interior fue discurriendo en esas reuniones, allí empecé a formar mi propio discurso y a saber por qué estaba allí: yo estaba cooperando para comunicarme, la cooperación era un código de comunicación y, dentro de ella, era la cooperación cultural la que ponía los marcos más adecuados para ese diálogo, porque tiene la venta-

ja de que no se sirve sólo a sí misma, sino que es capaz de mantener viva la comunicación cuando se corta o se interrumpe en otros sectores de la cooperación. Sus herramientas son universales: el patrimonio creativo material e inmaterial pasado y presente de los territorios, sus agentes y su público. No todos tenemos petróleo, hospitales o escuelas, pero poetas, escritores, arte, música, alguna contribución al progreso del pensamiento y algún capítulo que olvidar, de eso, tenemos todos y nos sitúa en pie de igualdad sin necesidad de axiomas ni voluntarismos.

Han pasado años, proyectos y, sobre todo, han pasado personas pero esa idea inicial no ha hecho sino afianzarse y enriquecerse con las oportunidades que han venido de Europa, la descentralización y la inmigración. Hoy día, la cooperación cultural tiene la tarea añadida de incorporar a ese diálogo al "otro " con el que compartimos espacio. No nos hace falta la intuición en este caso, nos basta con mirar a nuestros vecinos para observar que hay fallos en las políticas de integración, y con mirar al nuestro para ver que la xenofobia crece, en las aulas, en los barrios, en los centros de trabajo. Si la cooperación en general acerca, la cultural une, porque devuelve tu reflejo en el otro. Nosotros tenemos además la suerte de que compartimos gran parte de nuestro patrimonio cultural con los países de origen de la población inmigrante mayoritaria en nuestro país que es ahora el de ellos también.

Un Taller de música andalusí, impartido por profesionales marroquíes en Vejer de la Frontera a profesores de música de enseñanza secundaria, no va a cubrir las necesidades asistenciales primarias de las comunas rifeñas, pero, hoy por hoy, hay un conjunto de españoles que tratan de prevenir la xenofobia en sus aulas dedicando dos días a hablar a sus alumnos de ese patrimonio musical compartido que los maestros del país vecino se han preocupado de cuidar, conservar y difundir.

Me pidieron experiencias y opinión para este artículo, pero quiero terminar con una cita de Jean

Daniel: "Una civilización común fija su horizonte en lo universal y por tanto en la igualdad, mientras que el diálogo se alimenta de la diversidad y, en consecuencia, del gusto por la diferencia".

La cooperación cultural es un buen cauce para ello y tenemos el compromiso de intentarlo legítimamente enmarcada en la cooperación al desarrollo de los pueblos. Europa aporta financiación a los Ministerios, Comunidades Autónomas, a las Diputaciones, Ayuntamientos, ONGs. Tenemos leyes de cooperación, master, estatutos de cooperantes. Las cosas han cambiado bastante, sólo falta canalizar las iniciativas y trabajar en ellas. Como diría un madrileño: "Así se lo ponían a Felipe II".

A. P.

Arabista y Técnico de cooperación